

# Sacerdotes en el conflicto centroamericano

CIAS-CA

*El escrito que presentamos a continuación no es un artículo escrito para nuestra revista. No es un artículo. Es la transcripción de un borrador a mano (omitiendo algunas alusiones a personas del grupo) destinado a una reunión interna. La reproducimos sin permiso del autor. Es la manifestación sencilla, absolutamente franca y fervorosa de cómo los jesuitas centroamericanos del Centro de Investigación y Acción Social (CIAS-CA) sienten y viven su sacerdocio. Los CIAS se fundaron en toda Latinoamérica por orden del P. Janssens, entonces general de los jesuitas, para tratar de responder cristianamente a la cuestión social ya sentida por entonces palpitante en nuestro continente (el Centro Gumilla es el CIAS de los jesuitas en Venezuela). Publicamos este documento como un servicio a la verdad. Este grupo de compañeros ha sido el blanco de muchos ataques fuera y dentro de la Iglesia. Hasta llegó a decirse que su actuación provocó la intervención del Papa a los jesuitas. Nosotros queremos sacar a la luz lo que ellos sienten de sí mismos entre sí mismos. Sabemos que los malintencionados y los obsesionados no se convencerán de su error; incluso tal vez podrán desquiciarse algunas frases para continuar la acusación. Pero nos parece que para la generalidad de los cristianos y de la gente de buena voluntad este texto patentiza inequívocamente el temple cristiano de sus autores, su generosidad, su sentido eclesial, su capacidad de autocrítica y el deseo por encima de todo de consagrarse a Jesús en los pobres en la Iglesia.*

*Pero no se trata de ellos solamente. Como ellos sienten miles de cristianos centroamericanos y de todo el continente: cardenales, campesinos, mujeres, obispos, monjas, grupos de barrios, curas, profesionales, estudiantes... Es el pequeño rebaño que, entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, trata de construir una tierra donde habite la justicia y así se van haciendo hijos del Reino. Esta publicación es así también un acto de solidaridad con tantos hermanos esparcidos por el continente y por todo el mundo. (N. de la R.)*

## I. ESPECIFICACION POR LA LUCHA POR LA JUSTICIA

La contradicción fuertemente sentida entre el Evangelio y la situación de falta de fraternidad masiva en nuestros países, de desigualdad respecto de los bienes fundamentales de la vida, de discriminación étnica, nos marcó desde temprano el sentido del servicio que sentimos como llamado: contribuirá a la restauración de la fraternidad y la justicia.

Al comienzo lo entendimos como investigación de nuevos modelos teóricos de sociedad. Pensábamos presentarlos como nuestro servicio, algo así como en el mercado, en la arena del debate ideológico. Creíamos en la fuerza de su racionalidad y en el "plus" cristiano que les daría evidencia de bondad, valor ético atractivo. No hemos abandonado este servicio ni la fe en la bondad profunda de la condición humana que presupone. Pero la historia de nuestros países nos los ha ido contextualizando de otra manera.

Vivimos el intento de propiciar reformas que caracterizó los proyectos democrata-cristianos. Pero vivimos más dramáticamente, su aplastamiento —entre nosotros no se les dio oportunidad de probar su eficacia o ineficacia histórica—. La clausura forzada de oportunidades pacíficas de cambio fue marcante.

La facilidad con que vimos renunciar al cambio a políticos "cristianos" bien intencionados de procedencia social "media", nos llevó desde un trabajo y servicio que intentaba ser "por los pobres" hacia un intento cada vez mayor de ayudar a que los mismos pobres pudieran recibir de nosotros instrumentos de construcción histórica.

En primer lugar, quisimos contribuir a hacer un corte profundo en las causas de su situación de subhumanidad, principalmente por una investigación denunciante, que además se convirtiera en patrimonio de los pobres, en lucidez sobre sí mismos.

En segundo lugar, pretendimos —partiendo de su fuerte vivencia religiosa, al nivel de la creencia y al nivel de la organización— contribuir a devolverles la experiencia del Dios verdadero, del Dios de Jesucristo —caminante con nosotros en la forja de la historia o en su pasión, pero no suplantador de nuestras responsabilidades, aunque sí consolador y confortador—.

En tercer lugar, decidimos intentar abrir nuestra comunidad —casa, comida, recursos, amistad— a los pobres, y también aceptar la acogida que ellos nos fueron dando en sus hogares humildes y en sus comunidades. Queríamos crear un signo de fraternidad y de justicia: compartir "la mesa" con los que no eran nadie en las estructuras de poder y

de prestigio de las sociedades de nuestros países.

En cuarto lugar intentamos suscitar en los pobres su propia organización y —luego— ampliar sus horizontes locales, ayudándoles —con el concurso y el estímulo de otros religiosos—, a ir forjando un pueblo de los pobres, superando barreras étnicas, regionales y nacionales.

Finalmente, nos convertimos en servidores de sus propios proyectos históricos, a veces desde dentro de sus organizaciones populares o de vanguardia, a veces como colaboradores eventuales, tanto en clave de apoyo, aceptación de desafíos y testimonio mutuo como en clave crítica, desde la inspiración, siempre anti-idolátrica, de la fe.

Todo esto nos llevó —bastante conscientemente— a "echar nuestra suerte con la suerte de los pobres".

En el contexto histórico de esta evolución, las formulaciones pastorales de Medellín y los intentos teológicos de la liberación encontraron en nosotros —en 1969 y 70— tierra preparada. También la actualización del "servicio presbiterial" que —en el marco de nuestra misión hoy— realizó la Congregación General XXXII, lo sentimos consonante e identificador.

## 2. SINTIENDO VERDADERAMENTE EN LA IGLESIA

Todo lo anterior provocó desde pronto extrañezas en la Iglesia, miedos a lo que se llamó nuestra ideologización o nuestra ingenuidad y también recelos serios sobre la autenticidad de nuestra adhesión a la jerarquía, y —por el hecho de que en nuestra vivencia de la fe cristiana, ésta no se vive sin afiliación, es decir apenas se da entre nosotros el llamado “tercer hombre”— también sobre nuestra fe. Evidentemente esto ha hecho conflictiva la inserción eclesial de nuestro servicio presbiteral. Los conflictos no han desembocado en una desautorización pública —p. ej. a través de documentos pastorales o disciplinarios—, pero sí en sutiles —y más inequívocas— difusiones de sospechas, alejamientos de diócesis o parroquias, incluso a veces negaciones de “licencias”, y sobre todo acusaciones delatorias al poder constituido.

Sin embargo, el esfuerzo nuestro ha sido, primero, en la línea de “cargar” con la Iglesia, conscientes de su carne histórica, preñada de santidad y también cercada continuamente por la tentación, es decir, puesta a prueba tanto por la seducción mundana como por las exigencias de la radicalidad evangélica en la historia. A cargar con la Iglesia nos ha ayudado la conciencia de llevar en nosotros mismos la misma contradicción.

Segundo, hemos tratado de “hacernos cargo” de la Iglesia, es decir, de comprender las inercias institucionales y los temores históricos que, tanto las mismas deficiencias eclesiales como los ataques a ella —justificados o no— han provocado en la Iglesia.

Tercero, hemos tratado de “encargarnos” de la Iglesia, es decir, de asumir que sólo la respuesta incondicional, generosa y responsable al llamado del Espíritu en la Iglesia y a sus gemidos en nosotros y en la historia, es lo que crea un auténtico “cuerpo de Cristo en la historia”, una “esposa” fiel “sin mancha ni arruga” al lado de la infiel y envejecida.

A veces las tres actitudes las hemos llevado en cooperación con miembros de la jerarquía y del clero, con religiosos y laicos. A veces hemos sido evangelizados en ellas por obispos como Monseñor Romero, por religiosas impermeables al derrotismo y audaces en la esperanza, por laicos que han reclamado de nosotros no dejar de reivindicar un lugar bajo el sol en la Iglesia. Otras veces hemos vivido esas actitudes en sole-

dad, casi —en la ausencia de signos— contra toda esperanza. En el camino, algunos, tal vez bastantes de nosotros, hemos experimentado fuertemente el desdén de “liberarnos” de esa carne histórica de la Iglesia que —además de escandalizarnos con alguna frecuencia— hacía todo lo posible por deslegitimarnos y desplazarnos hacia los márgenes de la institución. Pero —aunque para algunos la lucha por la justicia y el compartir su suerte con los pobres resultó incompatible con la pertenencia a la Compañía y a la juridicidad de la Iglesia— ha habido entre nosotros una conciencia bastante clara de que toda organización cede no pocas veces a la búsqueda de sus intereses y al impulso de identificarlos absolutamente con la dirección de la historia. En este sentido hemos captado que no es tal vez mayor la oposición tan frecuente y dolorosa, además de tan frenante, entre carisma y poder —oposición típicamente eclesial—, que la oposición, a largo plazo no menos frecuente y frenante entre participación popular y conducción de vanguardia. Por otro lado, nos ha ayudado saber que, entre nosotros, el Evangelio de Jesús es siempre una chispa capaz de encenderse y retar con frutos de santidad humana toda la carga y el lastre de adaptación a “este mundo”, tan propios de la institución. Finalmente hemos aceptado que no hay crítica posible a las estructuras opresoras —de la sociedad y de la Iglesia— sin construcción de nuevas estructuras —también de la sociedad y de la Iglesia—. Como tales, sabemos que conllevan lo institucional, con sus posibilidades de ser carne para el espíritu en los temores que provoca, el instinto institucional de autoconservación y bloquear con lo acostumbrado la libertad imprevisible del carisma.

La “humanidad” de nuestro Dios y la conciencia de que la lucha por la justicia y la opción por los pobres son más don de Dios y de los pobres a nosotros que opción nuestra, nos han ayudado a ver nuestro servicio como el de los que hacen “lo que es debido” y no caen en la trampa de la continua comparación farisaica con la acción de los demás. Tal vez también, con nuestra arrogancia y prescindencia de hace años, en las reacciones resentidas y duras de algunos jefes de nuestros países.

## 3. “MISIONAR” EL CORAZÓN DE UN PROYECTO HISTÓRICO NUEVO

La vivencia de nuestro servicio presbiteral la hemos experimentado

también como desafío en Centroamérica a la capacidad de audacia inculturante, evangelizadora, misionera, de la Iglesia. El Evangelio que recibimos de nuestros padres, de la misma Iglesia universal, de la formación en el carisma de la Compañía, tiene que poder ser buena noticia en todo tiempo histórico; tiene que ser capaz de suscitar “discípulos”, seguidores de Jesús, no sólo en pequeñas células eclesiales, sino entre “las naciones”, en el corazón de las aventuras históricas.

Sin preverlo nosotros, en unos años, Centroamérica se nos convirtió en una zona candente del mundo; sus procesos adquirieron el carácter de coyunturas de esperanza histórica para los pobres, no sólo al interior de sus fronteras, sino hacia América Latina y aun para otros pueblos del mundo, hasta para sectores de pueblos caracterizados por su abundancia y “progreso”.

Para nuestra existencia sacerdotal, esa “lucha crucial de nuestro tiempo” centroamericano, se nos presentó como desafío a vivirla desde dentro, con la mejor audacia encarnatoria de la mejor tradición eclesial. Vivimos esa coyuntura como posible tiempo de gracia (Kairós), que reclamaba respuestas creativas para que el viento del Espíritu no pasara de largo por nosotros.

“Vayan y anuncien la Buena Noticia a las naciones” resonó para nosotros, como reto a volver a contar la historia de Jesús —con palabras y hechos— en medio de los dolores de parto de la aventura histórica que se estaba gestando. La historia de Jesús tenía que poder revelarse como nueva fuerza de libertad en medio de esa historia centroamericana naciente, tanto más cuanto que sus sujetos históricos estaban siendo jóvenes, intelectuales, campesinos, obreros, cuyas raíces —y en muchos casos, su más profunda identidad— eran cristianas.

Y esa historia tenía que ser capaz de volver a convertir a la Iglesia —como convirtió a Monseñor Romero—, de descentrarla y hacerle juzgar de su fidelidad al Señor por el criterio de su fidelidad a los proyectos históricos de los pobres, no por el criterio de su bienestar institucional. Lo mismo veíamos que se aplicaba a la Compañía, y nos lo confirmó el precio de persecución que tuvimos que pagar: difamación —incluso satanización—, exilio y sangre. Más aún, la historia nueva que se gestaba, al rescatar muchas raíces soterradas y oprimidas de nuestros pueblos, debía ser capaz de hacer brillar con nuevas factas el ros-

tro del Padre de Jesús, revelado en el futuro en construcción del cuerpo de su Hijo en la historia, significado en la Iglesia pero no limitado a ella.

Sentir la invitación para "ser enviados" en medio de esa historia, para asumirla en encarnación y en cuestionamiento crucificante, para caminar con decisión a una Pascua renovada y para estar atento dónde se derramada el Espíritu —"también a los gentiles les ha sido dado"—, era parte de la vivencia del servicio presbiterial como CIAS en C.A. de la Compañía de Jesús. ¿Cómo podíamos negar —no el bautismo, que no se trataba de manifestaciones y acontecimientos personales sobre todo— sino la solidaridad cristiana a esta aventura histórica? ¿Y cómo podíamos dejar de decir, en medio de sus aspiraciones, de sus glorias y de sus desmesuras, de su gracia y su pecado, que "sólo reconocemos a Jesucristo y a Este crucificado", pero como Señor vivo de la historia, presente en ella y por ello, presente con el Espíritu de libertad? En el caso de Nicaragua vino a confirmárnoslo el Padre Arrupe, nuestro general, sencillamente: "Apoyo crítico" al proceso debía ser —según él— nuestra actitud, dentro de un constante discernimiento.

#### 4. CONFLICTIVA, DEFICIENTE, EN PROCESO DE ACOGIDA DE LA GRACIA, CRUCIFICANTE, LIBRE.

En esta empresa, vivimos el servicio sacerdotal en tiempo de crisis. Se vio "lo que había en nuestro corazón" y lo que había en el corazón de muchos miembros de la Iglesia. Vivimos el odio terrible de "cristianos" enriquecidos y acostumbrados al privilegio del poder. Fue tan grande que nos reveló el rostro desesperado del "misterio de iniquidad". Todos hemos sentido en el CIAS su encuentro tenebroso.

Por otro lado, vivimos la mordida de la secularidad, de la confianza —no del uso— en la eficacia prometeica de la racionalidad fría y del heroísmo caliente autosuficiente. Vivimos la falta de paciencia con el ritmo del pueblo, la euforia de creer que las síntesis entre fe y justicia estaban ya construidas —en nosotros y en el pueblo—. Era una euforia en parte engañosa, en parte ingenua, en parte farisaica. Algunos de entre nosotros descuidamos la base popular que nos había evangelizado. Ahora estamos queriendo volver a ella y vivir su ritmo y la debilidad de la pequeña Iglesia de los pobres, poco organizada, poco armada de estructuras, de carne eclesial, poco consciente de la formulación de su

esperanza.

Algunos nos olvidamos de orar, de dejar que resonaran en nosotros "los gemidos del Espíritu" y de nuestro espíritu. Y además hicimos infrecuente la celebración de la fe, la celebración de lo que intentábamos vivir. En la ordenación nos habían dicho, al darnos la patena y el cáliz: "Imitamini quod tractatis" ("Sed coherentes en la acción con lo que celebráis"). Y tratábamos de poner la realidad pero no nos esforzábamos por festejarla creativamente. La acción, entonces, nos secaba a veces, y no nos dejaba sentir la liberación del corazón que nos había hecho estallar en una bendición como la de Jesús: "Yo te bendigo, Padre...". Algunos de entre nosotros, en el conflicto y en la deficiencia de la eficacia sin pasividad festiva, fueron ganados por el proyecto histórico, por el pueblo; en la realidad siguieron queriendo ser generosamente santos. Pero confesaron que sentían no poder aguantar ser minoría en la Compañía y en la Iglesia, confesaron no poder seguir "encargándose" de la Iglesia. La veían ya sólo como traba para los pobres y sus esperanzas.

Su decisión ha sido reto para nosotros. Así, hemos seguido, con menor voz, en las mismas fronteras, con tal vez mayor "espíritu", con mayor hábito de súplica y de discernimiento, a veces en una especie de "pardon" político y de "inquisición" eclesiástica. Siempre, sin embargo, al encuentro de aquél, que ya nos encontró, cuando hoy decimos —desde la investigación, la colaboración con la organización popular, el trabajo de solidaridad internacional, la consolidación de la misión de la Compañía en el servicio a sus propios jóvenes, la vida compartida con los refugiados o los campesinos o indígenas, la publicación cautelosa de nuestros análisis y nuestras investigaciones teológicas—, cuando decimos "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre", sabemos algo más, que sólo si esas palabras son dichas, no sólo sobre el pan y el vino, sino sobre nuestras vidas, crearán en nosotros seguimiento al modo de Jesús "el siervo"; y construirán comunidad eclesial.

Hoy, queremos reorganizarnos, seguir viviendo el servicio sacerdotal jesuítico en la frontera, según "nuestro modo de proceder", pero más cerca de los más pobres, y no sólo de los más conscientes de entre ellos, más presentes en las estructuras institucionales de la Iglesia— incluso aunque sea con el testimonio de pertenencia y fidelidad del silencio crítico y doloroso de Jesús en

la Cruz—, perdonando y amando tíeramente a esa Iglesia, que, para ser "de Jesús", tenemos que decir que sólo puede ser "de los pobres".

No sabemos "quién nos ceñirá ni a dónde nos llevarán". Pero sentimos de cerca que la juventud de C.A. —más que en otros tiempos— parece creer en el intento de coraje misionero que queremos desarrollar. Y tenemos deseos de seguir narrando la historia de Jesús en medio de la naciente historia de nuestros pueblos. Queremos estar al servicio de la esperanza de los pobres, rastreando humildemente sus formas y exigencias. ¡Ahí veremos el rostro del Padre!

No se tratará sólo de "ver". Tendremos que decir con modestia "la verdad que hace libres". No ceder espacios de libertad teológica en la Iglesia. No permitir la deslegitimación eclesial del compromiso cristiano con el proyecto histórico de los pobres. Hacerlo, desde el enraizamiento en la lenta construcción de una Iglesia de los pobres, contribuyendo a ella. Y hacerlo, rejuveneciendo nuestro grupo del CIAS siempre con los retos —por incoherentes que sean— de los jóvenes jesuitas que nos vienen de en medio del pueblo centroamericano. Retándolos nosotros también a la fidelidad, a la sobriedad y a la rigurosidad.

En una palabra, la vivencia sacerdotal nuestra es vivencia de servicio a la fe en la promoción del justo proyecto histórico de los pobres, sin esclavización ni a dictados autoconservadores de la institución eclesial ni a protagonismos absolutizados de vanguardia revolucionaria.

